

de los modernos sobre los antiguos. La historia sola de la astronomía nos muestra una serie de conquistas que manifiesta progresos no interumpidos; el universo es cien veces mayor para nosotros, que lo que era para los griegos y romanos, y á pesar de nuestros recientes descubrimientos, acerca de los conocimientos astronómicos del Egipto, Newton, comparado con los astrónomos antiguos, se asemeja á un Dios que ha explicado la existencia del mundo, que tan ingeniosas y sutiles hipótesis habian envuelto en las tinieblas. La química es una ciencia del todo moderna, y la física, así como las matemáticas, han hecho progresos inmensos. El arte de la navegacion, en el cual los modernos han desplegado todo su ingenio, bastaria para manifestar una inmensa superioridad sobre los antiguos, quienes en general, con relacion á las ciencias, eran niños, y los modernos son hombres. El mundo de las ciencias era estrecho para los antiguos, así como el mundo terrestre y el celeste que tanto han aumentado los descubrimientos de los modernos. Nada mas juicioso que las reflexiones de Marmontel acerca de la cuestion que nos ocupa, con relacion á las artes. „El paralelo de Perrault por lo relativo á las artes, es el de un hombre ilustrado, pero que presume mucho de sus fuerzas ó se entrega demasiado á la adulacion: en vano los modernos siguiendo la opinion de este, han creído que pueden aumentarse las bellezas de la arquitectura antigua, este prodigio no ha llegado aún para nosotros; se ha dado á los edificios mas gracia y comodidad, esto es obra de la esperiencia, pero no ciertamente mas elegancia ni magestad; el ingenio ha quedado por parte de los griegos.” Esto lo testifica la estatuaria, en la cual necesitamos mejores producciones no pueden ni por un momento compararse con sus obras maestras. Pero porqué progresion de ideas, porqué serie de reflexiones, porqué dichas inspiraciones los griegos pudieron transformar los monstruos divinizados del Egipto en seres sobre naturales, hechos á imagen del hombre, y no obstante dotados de una belleza suprema, y cuyas formas variadas vinieron á ser el tipo de cada uno de los dioses que Atenas habia adoptado? ¿Qué distancia hay del Buey Apis á Júpiter, y de Iris á Venus! ¿Como ha sido salvada? La pintura moderna mas feliz que su hermana, no teniendo que temer la aparicion de las maravillas antiguas, puede hacer dudar de la superioridad de los Zeuxis y de los Protógenes: las escuelas italiana, flamenca y francesa, pueden presentar una inmensa galeria

de producciones que multiplicadas por medio del grabado, causarán la admiracion del mundo, aun cuando la mano del tiempo haya borrado los colores y destruido hasta la tela en que el ingenio imprimió sus rasgos, y desde luego podemos creer que Rafael y Miguel Angel, Rubens y el Dominiquino, Salvador Rosa y Vernet son hombres divinos, sin iguales en la antigüedad, la cual podemos creer que no poseyó jamas un pintor filósofo como Poussin. Si se examina la cuestion solo por lo relativo á las letras, no carece de dificultades, pues que para resolverla es preciso tener la balanza igual entre las superioridades que exigen la mas seria atencion. Los caracteres distintivos de la escuela griega, son la naturalidad, la sencillez, la grandeza sin esfuerzo y la imaginacion: Júpiter conviniendo al mundo, al fruncir el sobrecejo, este mismo dios sonriendo con Venus, con una gracia particular, y perfumando al Olimpo con un aroma de ambrosia, exhalada de su inmortal cabellera; he aquí la imagen perfecta del verdadero genio brillante de los griegos, casi siempre guiados por la naturaleza; pero su buen juicio tenia sus eclipses, y su delicado gusto algunos momentos de rusticidad, amigos de las fábulas, las admitieron sin ningun discernimiento, las declamaciones no son raras entre ellos, y no hay ninguna excusa para ciertas tesquedades, que se permiten sin escrupulo: así las inculpaciones de Admete á los autores de sus días, y las injurias de Hipólito contra todas las mugeres, lastimarán siempre á la razon.

Los romanos á quienes fueron por largo tiempo desconocidas las letras, lo han tomado todo de los griegos, y frecuentemente no son mas que un pálido reflejo de un original de brillantes colores y lleno de armonia; pero se dirá que el segundo de estos pueblos tenia sentidos y facultades que le faltaban al primero; jamas la gravedad romana, ni aun cuando la molición de las costumbres habia debilitado los ingenios y ocupado á las almas con dulces imágenes de voluptuosidad, pudo tomar la mezcla de naturalidad y imaginacion, de realidad y ficcion, ni aquella delicadeza y jovialidad que brillan siempre entre los griegos. Virgilio, y aun el mismo Horacio, tienen algo de severo y sombrío al lado de las escenas risueñas que el patético Eurípides ha puesto en los coros de sus tragedias. Por naturaleza duros, acostumbrados á padecer sin quejarse, descendientes de Bruto, que sacrificó sus hijos á la patria, destronando á los reyes con indiferencia y derribando un imperio, sin que los conmoviese tan solo por

un instante el ruido de su caída, la piedad les era casi desconocida; y así no se encuentran en su teatro ni los dolores profundos de Hécuba, Priamo y Clitemnestra, ni la desesperacion de Andrómaca, ni los tiernos sentimientos de Polixenes y Egeenia, ni las lágrimas del niño Orestes, que ruega para que no se dé muerte á su hermana; y finalmente, ni aquella adhesión á la patria, que se mezcla á las mas dulces afecciones del corazón y aun al amor de la vida; sentimiento natural en todas las edades, y sobre todo, en la juventud. No obstante, Terencio arranca algunas lágrimas á los feroces hijos de Rómulo. Virgilio, nacido con una alma melancólica, vino á enternecerlos con Andrómaca, Niso y Eorlato, con Lauso y Pallas; pero mucho mas aún con el joven Marcelo, delicado de la corte de Augusto y esperanza del pueblo. La sensibilidad de Eurípides es mas profunda que la de Virgilio, pero los presentimientos y los dolores de Evandro no tienen semejanzas en todas las tragedias del autor de Hécuba. Virgilio no tenia ni el ingenio ni el buen juicio que Homero, pues que tomando la Iliada y la Odisea para formar un solo poema, no hizo mas que una composicion defectuosa, cuya primera parte destruye á la segunda. Las mayores bellezas de Virgilio son faltas á los ojos de la razon; pero no obstante, quien osaría manifestar el voto casi impío de que estas faltas no hubieran sido cometidas? Si Homero tiene escenas mas grandes que las del libro segundo de la Eneida, ¿dónde puede encontrarse en el una tragedia semejante á la muerte del pueblo Troyano? Todo allí es bello, verdadero, sencillo, y no obstante, magnífico. El terror y la piedad no podrian llevarse mas allá, y las impresiones que producen no resultan como en Eurípides de suposiciones inverosímiles, ó debilitadas por una rápida sucesion de movimientos que se contrapesan y se borran. La pieza gira en un órden admirable, y el interés se aumenta hasta el desenlace: así todo poeta dramático que medite el libro segundo de la Eneida, debe estar seguro de hacer progresos en su arte.—Homero no pudo ni aun sospechar la admirable pintura de los amores de Dido; pero de Homero á Apolonio, el tiempo habia ocasionado cambios en las costumbres que produjeron el cuadro de la pasion de Medea inspirada por Jason; esta pintura de los combates de la inocencia y del pudor contra los atractivos del primer amor, tiene una frescura y una gracia de que carecía la viuda de Sicheo; y si el carácter del héroe impidió á Virgilio adornar su episodio, lo que añade al poeta griego,

y sobre todo, la elocuencia de la pasion, colocan á la imitacion en una posicion muy superior al original. El autor de la Eneida mutila la Iliada, algunas veces la imita de una manera poco juiciosa, pero otras la corrige con mucha felicidad. Homero conservará siempre el primer lugar, pero Virgilio sin elevarse á la misma altura, tendrá la gloria de haber dado mas de una vez buen juicio á su maestro, y la Eneida aunque inferior á la Iliada, y aun á la Odisea, bajo muchos aspectos, no deja de marcar un progreso en el entendimiento humano.—No hay tragedia latina, y en cuanto á la comedia, solo Aristófanes representa á toda la Grecia, pues que nos faltan Menandro y sus rivales; Aristófanes tenia un bello ingenio, que Platon no dejó de conocer: frecuentemente elevó el tono y el fin de la comedia, y no carecía de buenas intenciones políticas; encuéntrense en sus obras coros admirablemente poéticos, pinturas verdaderas del corazón humano y rasgos de sátira la mas mordaz; pero algunas veces es obsceno y aun asqueroso, lo cual desmiente á la reputacion del pueblo ateniense en punto á delicadeza y buen gusto, pues hoy ciertamente nadie se atreveria ni aun en los mas viles corrales á recitar libremente infamias semejantes á las que toleraban los griegos en el magestuoso teatro de Sófoles. Aristófanes con sus buenas cualidades, así como con sus defectos, no podría hacer contrapeso á Plauto y Terencio; pero las obras de estos dos poetas, y en especial las de Terencio, manifiestan en todo una imitacion que es casi un plagio; este hecho, y la expresion tan conocida de César, *domitiale Menander*, aplicada á Terencio, espresa claramente que es preciso que Roma ceda la palma á Atenas. Otro tanto sucede en el género cultivado por Cato, Tibulo y Propertio, y conforme á su propio voto, les eran superiores, Safo, Simónides, Alcea y Philetas; no obstante, dudo, segun su modo de sentir el amor, que ninguno de estos poetas haya unido, como el cantor de Lesbia, la vivacidad de imaginacion, el modelo de la cortesía y la jocosidad, á la elocuencia y á la mas dulce sensibilidad, y aun puede creerse que la ternura, el encanto y la melancolia de Tibulo, dones particulares de la naturaleza, al hermano de Virgilio en poesia, no debieron nada á la Grecia; en cuanto á Propertio, algunas de sus composiciones respiran una fuerza, una grandeza y una gravedad que no he encontrado en ningun escritor griego. Chaulieu, Berfin y Parry, no poseyeron el don de la poesia en el mismo grado que estos hombres famosos

pero el amante de Eleonor profirió acentos que vibrarán eternamente en los corazones. Le Brun era insensible al mérito de Parny, mas este fué bien vengado por las elegías del ambicioso rival de Pindaro.—Las mugeres entre los griegos cultivaron el género erótico y aun algunos otros; por desgracia el tiempo no ha conservado ninguna de las obras que formaban su fama; pero toda la antigüedad comprueba que los modernos en este punto han hecho una inmensa pérdida, y el nombre de Safo, de quien no nos quedan mas que algunos versos, resonará eternamente. Despues de M^{me}. Deshoulières, que poetizó dos ó tres veces en su vida, pero sin los dones sagrados, han brillado en Francia algunas mugeres con mucho esplendor, estando colocada á su frente M^{me}. Dufresnoi, discípula de Tibullo y de Propertio, alimentada con Horacio y Virgilio, cuya lengua poseía, y formada en la escuela del siglo XVII, tiene una correccion rara, una elegancia clásica y un gusto puro y delicado. Un célebre escritor le concede la gloria de ser la primera muger en Francia que haya verdaderamente conocido y practicado con talento el difícil arte de la versificación; y aunque tiene alguna afectacion, no carece de elocuencia cuando se deja arrastrar por las impresiones de un corazon ardiente y sensible; pero puede echarse en cara que escribiendo como hombre hábil, abandona el carácter distintivo del su sexo. La señorita Delina Gay (hoy M^{me}. de Girardin) desea desde muy temprano de inscribir su nombre entre los de las mugeres dotadas de talento poético, manifestó desde un principio contrastes muy singulares: inspiraciones frescas como la mas lozana juventud, y sentimientos de otra edad que solo pueden ser adivinados: aparece á veces como una niña que juega con el amor, como con un dios desconocido; otras como si hubiera experimentado aquellas delicias mezcladas con la amargura de que habla Cátulo con tan tristes recuerdos: poco despues, y sin embargo muy jóven aun la señorita Delina Gay, se atrevió á levantar el velo que ocultaba las nacientes emociones de su corazon virginal; pero las musas indulgentes, á pesar de su reputacion de severidad, concedieron gustosas á su discípula el perdon de estas indiscreciones llenas de encanto y de gracia: la señorita Gay se distingue tambien por sus valientes rasgos, por su precision, por su elegancia y por su estilo: trabaja con calor y con cierto entusiasmo que procede de la pasion de adquirir celebridad; pero se conoce que se fatiga, y uno quisiera no

percibir nunca semejantes esfuerzos en una muger: no obstante, tiene momentos de abandono, en los cuales suele hacer vibrar las cuerdas mas sensibles del corazon. Hay grandes esperanzas en la señorita Gay si cultiva su talento, y sobre todo, si sigue algunos consejos severos é ilustrados que es capaz de oír y de poner en práctica. M^{me}. Desbordes-Valmore es siempre muger, y solo muger en poesia, este es su carácter distintivo. Nunca habiamos encontrado en los versos de las émulas de Corina y de Safo, que le precedieron, esos rasgos imprevistos, esa ingeniosa sencillez, esos misteriosos medio revelados, ese abandono lleno de encanto y esa dulce fantasia que dan tanto realce, tanta agudeza y originalidad á las mugeres poseídas del amor, y para colmo de dicha, parece que se oye la voz de una muger en la melodía de sus versos.—Sin repudiar la inagotable fuente del amor, dominio de su sexo, otra muger de nuestros dias toma tambien sus argumentos en otro orden de ideas. M^{me}. Tassu, á quien distinguen la pureza, el candor, la calma de una alma serena, la elevacion de sentimientos, una inteligencia viva y dotada de un juicio recto, lo cual es una superioridad, una fantasia mediatubunda, una melancolía natural y mezclada de algunos recuerdos que no carecen de amargura, acerca de las vanas promesas de dicha con que la sociedad abusa de los corazones crédulos y confiados. Muger, madre y poetisa, ella canta las delicias del amor maternal, la cuna de la niñez, la marcha rápida de los años, los recuerdos de la juventud, las impresiones religiosas y las dones misteriosas de la poesia; sus elegías tienen un sello de inocencia y pureza que forma su principal atractivo: algun dia se le llamará la Musa casta, el mas hermoso nombre que puede darse á una muger.—Ya los ingleses lo dan ó pueden darlo á M^{me}. Felicia Hemans su compatriota, quien nunca ha puesto en sus escrituras sino pensamientos que las mugeres puedan aprobar en alta voz, y que los hombres no teman alabar delante de ellas. La gravedad, la uncion, la religiosidad en las ideas, la pureza sin mancha, la nacionalidad exaltada y el amor á la patria tan tierno como las afecciones de familia, son los caracteres de la poesia de M^{me}. Hemans, cuyo talento se distingue por un conocimiento profundo del valor de las palabras de su lengua maternal, por su pureza y elegancia, y por aquella gracia melancólica que causa un encanto inexplicable. El estilo de M^{me}. Hemans es tan esclusivamente inglés, que sus obras son intraducibles.

Miss Landon, dotada de una alma tierna, de una imaginacion movible, y de una viva sensibilidad, cultiva la poesia con un éxito muy favorable; encuéntranse en esta jóven afecciones de familia y sentimientos apasionados de gloria, toda la variacion de emociones que pueden vibrar en una alma de artista, y agitar una vida literaria, el vacio de la gloria, el amor, en fin, el amor puro apasionado, fiel, pero desgraciado, pagado con la indiferencia, estrellado por la inconstancia y destruido por la muerte. La pintura de las pasiones es toda la poesia de Miss Landon; ellas han puesto su sello á todas sus creaciones, de modo que sus obras llenas de interés, no pueden leerse sino regarlas con algunas lágrimas, y desear vivamente ser amado por una muger tan capaz de sentir las mas dulces relaciones de los corazones, y de tomar parte en los dolores mas vivos de un ser sensible. Para disputar el premio del poema lírico, Horacio permanece solo en presencia de Pindaro, pero lo que poseemos del cantor de los juegos olimpicos, no podrá igualar á la pieza, cuyo principio es: *Qualem ministrum fulminis alitem*, oda en que están el genio, la historia, las costumbres y el carácter de Roma. Si la naturaleza hubiera dotado á Montesquieu de ingenio poético, habria pintado del mismo modo á la señora del mundo. Aunque los romanos tuviesen á los griegos un respeto supersticioso que alucinó su razon, nosotros debemos creer el juicio de Horacio acerca de los maestros de que se hizo respetuoso discípulo, marcando un intervalo inmenso entre ellos y él. En cuanto á la poesia filosófica, Horacio es el único en la antigüedad, por la esquisita mezcla de juicio, de ingenio, de gracia y de urbanidad que distingue sus epistolos. Horacio es el Luciano de la poesia, pero con mas recato, medida y buen gusto. Podría caracterizarse la obra de Lucrecio, diciendo que es un poema escrito por un romano, en cuyos versos se notan la aspereza y la austeridad de su pais, con los ricos adornos y las gracias de una imaginacion ateniense, pero no con la perfeccion de estilo de sus maestros, y puede compararse á un trozo del mas esquisito mármol, cuya parte superior es un dios de mano de Fidias, y el resto una informe masa apenas desatada por el cincel. Entre los modernos, no se encuentra en el poema filosófico nada tan elevado como la obra de Lucrecio, y nada tan acabado como las *Geórgicas* de Virgilio: si Delille no es un poeta de primer orden como Lucrecio, si no se remonta como él con un vue-

lo de Águila, reemplaza con el brillo de los colores, con la riqueza y la variedad de estilo, y con otra porcion de bellezas lo que le falta de alta y profunda inspiracion, y si su poema de la imaginacion fuera transmitido á nuestra edad por los antiguos, seria objeto de los mayores elogios. En las *Estaciones* de Thompson brilla la poesia en las descripciones, y el encanto en la pintura de los sentimientos: el patriotismo del autor que no alaba mas que las grandes virtudes y los grandes servicios hechos á la libertad, nos inspira una simpatía mucho mas viva que el patriotismo de Virgilio, que profana la santa poesia con el elogio de César y de Augusto, y no se atreve á acusar á Sylla. Ovidio es todavia mas poeta griego que Lucrecio: sus *Melamórfosis* forman una serie de encadenamientos semejantes á los de Arriada, y parece que no han costado mas esfuerzos que los prodigios creados por el amante de Reinaldo. El mérito de la composicion, las ingeniosas analogías, el arte de las transiciones, la variedad de tonos, el talento de recrear el entendimiento y de commover el corazon, y el de comunicar ya un dulce interés hácia un objeto, ó ya de hacerlo enteramente dramático, se reunen para hacer á esta obra única en la literatura. Los modernos ni tienen ni podian tener un Ovidio, pero tienen un Ariosto, y el *Orlando furioso* sobrepaja en mucho á las *Metamórfosis* por su variedad, su riqueza poética y el arte de interesar al lector, aun impacientándolo frecuentemente, interrumpiendo relaciones y escenas que ocupan toda su atencion. La obra de Ariosto no solo es digna de ponerse en paralelo con las *Metamórfosis*, pues en algunos puntos rivaliza con la *Ilíada*, y es en su conjunto el modelo de la epopeya heroica y de la cómica reunidas en una misma composicion. Hemos perdido las obras de Lucilio, pero Horacio y Juvenal, que se parecen tan poco, son en la sátira modelos que no tienen semejantes. El segundo de estos poetas se distingue como Tácito, por una especie de bellezas grandes y sublimes, desconocidas en la escuela griega. No omitiremos el notar que el pintor de Tiberio ha hecho con solo la verdad, una sátira del hombre mucho mas energética y profunda, que los retratos, hijos de la cólera de Juvenal, que nos hacen dudar algunas veces de su conviccion. Despues de haber leído á Tácito, no se encuentran ya hipérbolos en Juvenal. Apesar de Tito Livio, Sallustio y Tácito, algunos críticos podrian vacilar en recusar la superioridad histórica á Herodoto, Tucídides y Xenofonte; no obstante,

las décadas de Tito Livio nos desarrollan un vasto cuadro, cuya magnificencia impone. Aun guardando las supersticiones, la razón ha hecho muchos progresos en las relaciones del escritor, que Augusto llamaba el pompeyano. Excepcionando dos declamaciones ambiciosas, habla mejor Salustio, como hombre de estado, que sus maestros; su narración es un modelo de rapidez, concisa, sin afectación ni oscuridad. En cuanto á Tácito, Racine le ha señalado su lugar, llamándole el mas grande de los pintores del corazon humano. Ni el siglo de Homero ni el de Pericles, habrían podido concebir un Tácito; era preciso que vinieran Tiberio, Nerón, Domiciano, Agripina y Germánico, para que tuviésemos nuevos anales del hombre.

Fenelon daba el premio de la elocuencia á Demóstenes, no apelará del juicio de autoridad tan imponente: si, Demóstenes es á mi modo de ver el príncipe de la elocuencia, y la tribuna parlamentaria debe tratar siempre de tomar el vigor, la concisión, el recto juicio, la argumentación, el poder dramático y la soberana autoridad de las palabras del vencedor de Eschines. Verdaderamente Demóstenes estaba creado para regir á un pueblo desde la tribuna. Sigamos, pues, la escuela de Demóstenes, mas bien que la de Cicerón, así servire-

mos mejor á los intereses de la causa sagrada, consultando al primero mejor que al segundo, de estos modelos. ¿Pero tuvo la Grecia un ingenio tan bello como el orador romano? Cuánta fama no merece Cicerón! Cuantos dotes no encerraba en sí, cuántas facultades, cuántos conocimientos y cuántas luces de que carecía Demóstenes! Si no tiene la audacia hómérica y la sencillez del príncipe de los oradores, si frecuentemente juega con las palabras que parecen rayos en boca de Demóstenes ¿no posee en cambio mas riqueza, mas fecundidad, y sobre todo, mas ternura? El ha hecho como Virgilio con respecto á Homero, frecuentemente ha dado mas alma á la elocuencia: ¡cuántas lágrimas no nos arranca por la muerte de Graviol! Cuán poderosas son sus palabras, haciendo caer de las manos de César la sentencia de muerte de Ligario! Cuán terrible se muestra contra Antonio el lugar-teniente, el amigo, el vengador de César! Con qué placer encontramos en los diálogos filosóficos á los hombres mas grandes de la república, departiendo juntos sobre los objetos mas eminentes del universo: la virtud, la patria y los dioses! Roma debió su Cicerón á la antigua Grecia, pero esta no produjo un Cicerón en su seno.

(Concluirá.)

DE LOS VOLCANES.



LGUNOS geólogos del siglo pasado consideraron los fenómenos volcánicos como producidos por la combustión espontánea de las pirritas ferruginosas encerradas en el interior del globo; cuya hipótesis se fundaba en una experiencia curiosa, conocida con el nombre de *Volcan de Lémery*. Esta experiencia consistió en colocar en un agujero hecho en la tierra, una mezcla de 60 partes de limadura de fierro y 40 de azufre en polvo, humedecida con la cantidad de agua suficiente para formar una pasta poco espesa; la que al cabo de cierto tiempo se hincha, se calienta, se resquebra y comienza á exhalar vapores gaseosos, acabando por inflamarse con una explosión mas ó menos

violenta, acompañada de la proyección en el aire de fragmentos de fierro en ignición. Bastante analogía existe en verdad, entre estos fenómenos interesantes y los que presentan los volcanes en sus sorprendentes erupciones; pero esta analogía no es mas que aparente, porque la esperiencia solo se verifica cuando está el fierro en estado metálico, que es puntualmente como no se encuentra en el interior de la tierra, en donde permanece siempre combinado con el oxígeno ó con otros cuerpos.

Sir H. Davy pronunció despues dar una explicación de las erupciones, fundándose en que existen metales capaces de inflamarse espontáneamente por el solo contacto del aire ó del agua, tales como el potasio y el sodio; y supuso que en los primeros tiempos, en que existían estos metales en gran cantidad sobre la

tierra, se encendieron de este modo y formaron un todo en ignición, cuya superficie se convirtió despues en una costra mas ó menos espesa de cuerpos quemados: que las aguas en seguida se espacieron sobre esta primera capa sólida, penetraron al través de sus grietas y fueron á determinar nuevas descomposiciones, obrando sobre los metales que se hallaban en el interior, de lo cual se originaron elevaciones de terreno y erupciones volcánicas. De este modo explica porqué debieron ser estas mas frecuentes en los tiempos antiguos, é infiere que irán siendo mas y mas raras, á medida que aumente de espesor la capa superficial de la tierra. II. Davy cita en apoyo de su opinion, la naturaleza de los gases que exhalan los cráteres de los volcanes, pues son precisamente los que resultan de la descomposición del agua por los metales; pero sin embargo, se objeta contra su teoría que el grado mas alto á que puede elevarse la temperatura de la tierra, se encontraría entonces á una profundidad determinada, en cuyo punto estaría la combustión en actividad, y tendrían su origen las erupciones; y que de allí en adelante debería ir disminuyendo progresivamente con la profundidad esa temperatura, lo cual es contrario á los hechos observados.

En el día la opinion que parece reunir mayor número de partidarios es la de Cordier, que consiste en mirar los fenómenos volcánicos como producidos por la irrupción fortuita ó periódica del agua del mar sobre las materias centrales de la tierra, que el calor interno del globo mantiene en un estado constante de fusión, opinion que Gay-Lussac ha esforzado con sus importantes consideraciones sobre la naturaleza de las sustancias salinas arrojadas por los volcanes.

Cordier piensa que al principio estuvo la tierra en un estado completo de fusión, al cual y al movimiento circular, es debido su aplaniamiento hacia los polos; y supone que su superficie exterior se enfrió y solidificó por el contacto del aire, mientras que su interior permaneció mas ó menos fundido, en proporcion de su distancia al centro. Y en efecto, las numerosas experiencias hechas en las minas, parecen probar que el calor interno del globo aumenta en proporcion directa de la profundidad, y segun las observaciones termométricas hechas en el Observatorio de París, se puede apreciar este aumento, en un grado por cada 30 metros de profundidad; de suerte, que calculando segun estos datos, se encontrará á 2.200 metros una profundidad igual á la del

agua hirviendo, y á una distancia muy pequeña con relacion al radio de la tierra, un calor suficiente para mantener fundidos todos los metales y una gran parte de las rocas. Si suponemos que este calor sea de diez grados del pirómetro de Wedgwood, y calculamos como antes, veremos que se halla á 200.000 metros, es decir, á una distancia igual á un 37 avo del radio terrestre; pero si se atiende á la naturaleza de las lavas y al poco tiempo que media entre los síntomas que indican las erupciones y el en que se verifican, será preciso concluir que la fluidez central comienza á una profundidad menor.— Se sabe además que la densidad de la tierra aumenta tambien con la profundidad, de suerte que su interior no puede estar compuesto de sustancias minerales, cuya densidad es mucho mayor que la de los cuerpos que constituyen su superficie. Así es que por todo lo espuesto se debe admitir que el interior del globo está formado de sustancias metálicas en estado de fusión.

Esta hipótesis de la fluidez actual de la masa interna y de la acción que sobre ella ejercen las aguas del mar, se presta admirablemente á la explicación de los hechos observados; pues si consideramos que al llegar estas aguas sobre los metales y demas sustancias en ignición que ocupan el interior del globo, debe haber una gran descomposición, concebiremos la formación de multitud de gases, cuya presión inmensa se ejerce contra las paredes interiores de la capa superficial terrestre; comprendemos facilmente los fenómenos de las erupciones, como los temblores de tierra, las elevaciones de terrenos, las dislocaciones de montañas y la formación de aberturas y hundimientos en la superficie del globo, así como tambien la de esos vastos respiraderos por donde arrojan los volcanes sus lavas, sus llamas y sus gases, la desolación y la muerte.

La hipótesis de que se trata explica tambien la identidad de las lavas arrojadas sobre diversos puntos de la tierra, aun los mas distantes, y su semejanza con las rocas de los terrenos que parecen haber sido formados por elevación. En fin, explica igualmente el calor de las fuentes termales, su composición salino-mineral y los gases que contienen. Aun es preciso observar que los volcanes, exceptuando dos situados en el Asia central, y cuya existencia es dudosa, están colocados casi todos á una distancia muy pequeña de las riveras del mar: esta notable disposición, así como la abundancia de cloruros y aun de sal marina, encontrados entre los productos volcánicos, no

parece probar evidentemente que el agua del mar influye de un modo particular en la producción de estos fenómenos sorprendentes y llenos de interés?

(Traducido para el Liceo, por C.)

TERREMOTO DE LIMA EN 1687.



A historia del Perú cuya nación está tan enlazada con la nuestra por sus conquistadores, y por consiguiente, por sus costumbres, idioma, forma de gobierno durante el régimen colonial, y religión, cuyos hechos están tan unidos con los de la Nueva España, de donde, como hasta ahora se ha visto y se verá en todo el discurso de la galería que estamos publicando, pasaban los mas vireyes al Perú después de su gobierno en aquella, y sobre todo, el ser potencia del continente americano y posesion española, nos ha movido á dedicarla algunos artículos que creemos con sinceridad, serán leídos con interés por las mismas razones que nos excitán á escribirlos. La residencia del Duque de la Palata, su virey, que hemos visto inédita, nos suministra algunos datos respecto del tiempo de su administración, y aunque no conservemos sus mismas palabras, procuraremos transmitir á nuestros lectores las propias ideas y sentimientos del autor, para que juzgue por sí mismo los hechos que no le alteráremos, contentándonos con ponerlo al cabo de las circunstancias de la época, sin limitarnos únicamente á escribir de esta, sino que en otros artículos lo harémos de épocas anteriores.

Habíase notado durante algunos días del año de seiscientos ochenta y siete, que una imagen de la Madre de Dios, la cual se veneraba en uno de los templos de Lima, derramaba copiosas lágrimas!!! Esto en el pueblo no dejó de producir los efectos de costumbre: se atribuyó de luego á luego á milagro, que segun el duque se expresa, fué visto con suma indiferencia por las autoridades, hasta tanto que se dejaron experimentar los fuertes sacudimientos de tierra. Cuando estos hubieron causado sus estragos, el Duque se dolía mucho de haber despreciado en

su concepto un aviso del cielo, pues no atribuye el llanto de la imagen á otro motivo que al dolor que la causaba el castigo que por la corrupción de los habitantes de Lima se amenazaba tan de cerca, y reputa el Duque que únicamente lloraba la imagen por aplacar al Eterno justamente irritado, lo que á su entender produjo que la ciudad no quedara completamente arruinada y sus moradores con vida y hacienda, y además, por dar á estos un aviso, razon por la que es venerada desde entonces bajo la advocacion de la Virgen del Socorro. La noche pues del veinte de octubre se sacudió con tanta fuerza la tierra, que solo el movimiento despidió de sus camas á los que yacían en ellas. Puso tal miedo el terremoto en los limeños, que todos ellos, sin diferencia de sexos ni edades y condiciones, salían á las calles y plazas públicas pidiendo misericordia. Los edificios quedaron muchos arruinados, los demás lastimados, sin permanecer ileso uno solo. A la madrugada del día siguiente nacida la aurora, ya que con el crepúsculo podían distinguirse los unos á los otros con alguna perfeccion, cuando el miedo habia cesado y dado lugar á la reflexion, se hallaron muchos desnudos de toda ropa y algunos en paños menores, tales como se hallaban en sus camas en el momento que el terremoto los hizo salir de ellas; y es de advertir que aunque su fuerza cesó en la misma noche, á cada momento repelía con alguna suavidad, lo que hizo que nadie se atreviera á volver á su casa. Sin embargo, luego al punto que se notaron desnudos los que lo estaban, probaron á volver por alguna pieza de ropa para cubrirse, como lo hicieron.

Cualquiera puede imaginarse el trastorno que reinaba en ese dia en Lima, pues fué necesario comenzar por construirse cada uno un albergue donde guarecerse de pronto de la intemperie. He aqui una verdadera república

democrática en que todos eran iguales, confundidos como lo estaban allí los ricos, los nobles, los señores, los blancos, con los pobres, la plebe, los esclavos, los indios y las castas, todos en una perfecta igualdad, y si habia alguna diferencia, la superioridad se hallaba en las clases infinitas que acostumbradas á la desnudez y á las miserias consiguientes á su infeliz estado, al trabajo duro, á dormir espuestas á la inclemencia, resistirian con mas facilidad la nueva suerte á que el suceso las sujetaba, que las clases acomodadas no avezadas á los trabajos y si á la holganza, hechas á dormir en muelles lectos, y lo que ahora debe agregarse, que habrian dejado ó dejarían quizá sepultadas sus riquezas en los escombros de sus magnificas habitaciones, lo cual contribuiría tambien á hacerles mas penosa su infeliz situacion.

Después con todo, de pasados los primeros momentos, calmados algo los ánimos, el virey comenzó á desplegar una suma actividad; por de pronto para asegurar á los capitalistas, hizo distribuir su escolta de manera que custodiasen las desiertas casas, nombró dos alcaldes que acompañados de los dos ordinarios que ya tenia la ciudad, se repartiesen por las calles, de suerte que pudieran cuidar del buen orden y mantener en el estado mejor posible en aquellas circunstancias la policia, hizo por último poner en la plaza los tesoros y bienes muebles de los particulares, para que estando á su vista fuera menos fácil que se estraviasen, reuniendo en un solo lugar el objeto de la atencion de su escolta, y además señaló comisarios que cuidasen en cada manzana y en cada calle. Comenzaron en aquel mismo dia á formar casas de carrizales en todas las calles y plazas para servir de morada á los habitantes, y la del virey se puso en el centro de la plaza principal. Allí pasaba los días y pasaba tambien las noches: allí despachaba sus negocios familiares, y allí atendía á los negocios públicos, era aquel lugar en fin, su morada y el gabinete del estado. La ciudad de Lima realizó entonces el soñado gobierno patriarcal, cuyo jefe único era el Duque de la Palata. En efecto, no habia tribunales, ni municipalidad, ni autoridades de ningun género fuera de la del virey, quien aun despachaba los negocios del estado sin guardar las solemnidades legales, los administraba por sí y ante sí sin autorizacion de secretario y sin otra forma que pudiera salvar la ilegitimidad de sus actos mas que la necesidad; «entonces me convencí, dice el mismo aunque sobre otro asunto, que las leyes subsis-

ten mientras satisfacen las necesidades públicas, y no de otra manera."

Ordenó el duque que se reparasen los edificios en cuanto fuese posible: por lo que respecta á las iglesias, se hallaban en un estado verdaderamente deplorable, y su reedificacion era obra de muchos años, y tambien de mucho costo, pues segun cálculo, muy bajo, importaría la suma de doscientos mil pesos: así que se dejó por otra ocasion, mas como quiera que fuese necesario depositar el sacramento en un lugar decente, pues se hallaba en la plaza debajo de una enramada, previno al cabildo que ya que no era posible que se reuniera en Catedral, muy bien podia hacerlo en el Sagrario, cuya capilla, siendo de unas dimensiones regulares, prestaba comodidad para hacer las veces de la catedral: pero aun esto no quisieron por los continuos temblores que no cesaban, poniéndolos miedo. Apenas algunas capillas se conservaban algo buenas, los demás templos estaban en un estado casi de ruina. Para reponer un tanto el Sagrario y sostener á las enclaustradas, únicas personas que se habian conservado dentro de las habitaciones, y que estaban en estremo necesitadas y desalentadas, ordenó el virey que se les diese una suma regular de dinero.

El palacio, las casas de ayuntamiento y demás edificios, exigian iguales reparaciones á las que demandaban los templos; por lo mismo determinó el duque que de tablas se construyesen dentro de palacio unas piezas que sirvieran á los tribunales para su despacho, lo cual se hiciera de toda preferencia, y hecho se preparasen obras para las oficinas del virreinato. Púsose mano á la obra, y en tanto que esta se hacia, continuaban en las habitaciones provisionales en la forma que tenemos dicho.

Este era el estado de las cosas, y de improviso se vió de nuevo amenazada Lima de otro gran peligro. A las once de la noche del 12 de diciembre, cuando todos se hallaban en el mayor recogimiento, fué súbitamente turbado este por una gran grietria que se dejó oír de todas partes: todos corrían á salvarse en las montañas y alturas inmediatas, anunciando en altas y descompasadas voces que el mar, sacudiendo de sus limites naturales, corría con precipitacion á la ciudad. De los conventos mas observantes se salieron los frailes, consumiendo ántes las formas que se conservaban, y en seguida cargando con lo que podian salvar. La plaza se llenó de un inmenso gentío, que creyendo, como era natural, que el virey estuviese al cabo de lo que pasaba, procuraria

huir el peligro, y siguiéndolo, sería mas fácil y mas seguro evitar á su lado el riesgo: por lo ménos le observarían todos sus movimientos, y ellos le indicarían hasta donde debían temer. Entre tanto, las noticias se exageraban como de costumbre en tales lances, se dijo al Duque que el Callao habia sido cubierto por el agua, y que esta se aproximaba cada vez mas. No dejó de poner temor tal noticia en el de la Palata, pero este, así lo asegura, *reflexionando que todo era castigo de Dios*, consideró que en cualquier parte que se hallara, habia de perecer, porque es difícil al hombre ocultarse del Señor, y así se resolvió á recibir allí la muerte. Sin embargo, y juzgando con imparcialidad, sin estar al simple dicho del Duque, lo cierto es que este pensó muy bien, como lo afirma en su residencia, que algunos deseos de apoderarse en medio del desórden de los caudales que custodiaba la escolta en la plaza, quisieron, poniendo miedo á la escolta y al mismo virey, hacer que hubiesen y dejasen solos los tesoros: tambien pudo muy bien suceder que existiendo diez piratas de consideracion en la cárcel, se les tratara de facilitar la fuga. A pesar de la *piadosa conformidad* del Duque con la *voluntad divina*, ello es que al momento reencargó la vigilancia á sus soldados en la plaza, y distribuyó ademas centinelas en las esquinas de la cárcel. Hecho esto, mandó á unos que se aproximasen por el Callao, y volvieron á darle cuenta de lo que hubiesen visto, y á fé que no sería con resignacion de permanecer en Lima, si se confirmaban las noticias que le habian sido dadas. Siempre, con todo esto, es muy digna de alabanza la serenidad de ánimo del Duque despues de tan continuados peligros á que se habia visto espuesto por el primer terremoto, y los que le sucedían casi sin interrupcion por mas ya, hasta aquella fecha, de mes y medio.

Acabose enteramente de tranquilizar el virey con la vuelta de los comisionados, que vinieron desmintiendo todas las noticias que so-

bre la salida del mar habian corrido aquella noche. Procuró, pues, al momento, hacerlo saber á todos, pero espresa que le costó un inmenso trabajo, porque muchos aprovechando la ocasion, creyéndola oportuna para desagraviar al cielo, no contentos solo con implorar su misericordia, decían en alta voz sus pecados, haciendo con esto una confesion pública.

No solamente Lima padeció con el terremoto de octubre: todas las poblaciones resintieron algunos males, pues solo para la reedificacion de las catedrales metropolitana, de Arequipa y del Callao, que en su clase eran las únicas que la necesitaban, se calcularon de pronto, precisos, ciento veinte mil pesos, setenta para la de Lima, cuarenta para el Callao y veinte para Arequipa. Sin embargo, los males de las demas poblaciones nunca llegaron al estremo que en Lima.

En los primeros días de enero de 88, se reunieron los tribunales y el virey en el palacio, construidas las piezas que se mandaron formar de madera, en cuya situacion las halló el conde de la Monclova, á fines del mismo año, que fué á encargarse de aquel gobierno, acabado de salir del de la Nueva-España. Esto por lo que respecta al palacio, en cuanto á las iglesias, apenas se daba paso á reponerlas por competencia que suscitaron los prelados eclesiásticos con el virey, que queria se costeasen de las prebendas vacantes, afirmando aquellos que pertenecía al gobierno en virtud de ser *patrono, como fundador* de las iglesias de América. Sobre esto hablaremos otra ocasion, al escribir, tomando noticias de la misma residencia, sobre el estado del clero del Perú, durante el gobierno del Duque de la Palata. Por ahora, para concluir este articulo, decimos que el Duque con su familia estuvo reducido á vivir y despachar los negocios públicos en la pieza de carrizales, durante setenta y tres días, segun espresion del mismo.

CARLOS M. SAAVEDRA.



ENSAYO.



ONOZCO muy poco el corazon de las mugeres, y por esta razon me abstuve hasta ahora de publicar mis propias observaciones acerca de esta bella mitad de los seres dotados de razon; pero alguna vez habia de romper mi prudente silencio, aun cuando no hubiera antes largamente discutido la materia, ni considerádola bajo todos los puntos de vista y en todas las relaciones que presenta á un espíritu analítico. Admirábame tiempos atras la envidiable facilidad con que sale del apuro la multitud anónima ó nominada de literatos de *feuilleton*, que campea siempre en las partes bajas de las publicaciones periódicas, como si fuera ella la base en que estas se apoyan y sostienen: admirábame que un *folletinista* de barba á la puñal de Bruto, y sobre todo de anteojos que son el *signum sapientiae*, en cuatro lineas rebosando de ingenio despedazase á autores y actores dramáticos, aun cuando durante la representacion no hubiera apartado la vista de alguna linda *Esmeralda* ó *Flor-de-Maria* (nombres que hemos sustituido á las *Nises* y *Filis* de los amantes de égloga); admirábame tambien otras muchas cosas de este jaez, y sobre todo la imperturbabilidad y el *aplomo* de los heroes de boletín. Pero á su vez admitrense vds., señores lectores, de la fuerza del ejemplo continuo: de la admiracion de tales cosas pasé á familiarizarme con ellas, y de la familiaridad á la práctica. He aquí por qué medios llegué á animarme á publicar este ensayo. *Parce, nec invidio.....*

Muchos autores de muchas naciones, de diferentes edades y especialmente de diversas opiniones, han escrito mil lindezas acerca de las mugeres: todos casi han juzgado verdades incontrovertibles, ya que su sensibilidad es mas esquisita, su talento mas perspicaz y su imaginacion mas viva; ya que su serenidad en lances criticos es inmensa, su astucia prodigiosa y su locuacidad infinita; ya que no guardan término medio entre la virtud y el crimen, entre la fidelidad y la prostitucion, entre la frialdad de temperamento y un temperamen-

to ardiente; y ya en fin que si sucumben, lo deben á la vanidad ó á la compasion, y si se sostienen, á la conciencia que de su debilidad tienen los hombres, y á la desconfianza en que por esta propia debilidad viven siempre ellas mismas. Empero yo que tengo acerca de las mugeres muchas ideas raras, que pienso esplayar en un libro cuando el hambre apriete, ya que esta necesidad es el móvil general de la literatura del siglo; trato de desentenderme de estas graves cuestiones para descender á la mia, que es harto sencilla, motivada esclusivamente por una coqueta que conosco en mis mocedades, á quien uno de mis amigos amaba con delirio, como aman todos los hombres á las coquetas.

Esto es cierto: á parte de ese artificio que las distingue y caracteriza, ademas de esa destreza ingeniosa con que saben medir el placer que dan, variarlo cuando fastidia, y escasearlo á medida que empalaga y va enfermando al amador (la dieta siempre produce hambre); á parte de todas estas ventajas para triunfar del sexo masculino, tienen la formidable, la incontrastable de interesar, de irritar el amor propio de los hombres con mas intensidad, con mas ardor que las demas mugeres. Y en efecto, en un círculo de adoradores que obsequian y asedian á una coqueta, que aspiran á la preferencia y ven con recelo y cólera á sus rivales, obran no sé si una antes que otra ó ambas á la vez, dos pasiones íntimas, terribles, volcánicas: el amor á ella y el amor propio: los primeros resultados de las dos grandes leyes de todos los seres: la reproduccion, la conservacion. Están, pues, en movimiento, en accion continua y violenta así la causa de aquellos sentimientos que tienden á la excentricidad, á derramarse en reledor y á fecundar todo lo que tocan, como la de aquellos que se concentran en nosotros mismos íntimos y aislados, y son cuando esclivos, el patrimonio de las almas mezquinas. La coqueta bastante hábil para mantener en incertidumbre y con esperanza á todos sus adoradores, les interesa mas, muchísimo mas que aquella muger que, guiada por un afecto sincero hácia

un hombre, satisface al amor de este, matándole el orgullo, desde el momento en que manifiesta corresponderle y le fortifica exclusivamente en su pasión; por que de este modo se apoya en un sentimiento solo, aunque mas duradero, mientras que la otra escita dos que se apoyan mutuamente, los irrita sin apagar ninguno, y sabe aplicarles cuando se debilitan el antidoto de una falsa esperanza.

Pero si la coqueta aplica esta esperanza en dós abundante y á las claras, corre el riesgo de comprometerse altamente ya respecto del amante enfermo, ya respecto de los demas; de desanciar entonces al primero, le pierde; de continuarle esperanzando, pierde á los segundos. Asi, pues, las coquetas, bien que el círculo de sus amantes varie diariamente, se sostienen merced á una política tan astuta, como la de un pais que rodeado de enemigos terribles, con el poder, de unos contraresta al de otros, y con la imbecilidad de todos compra su propia conservacion.

Pero este estado de agitacion y desconfianza, de disimulacion ó incertidumbre, puede solamente lisongear á una pasión, que se ha repetido hasta el fastidio, no sé si con fundamento, es el móvil de todas las acciones de las mugeres, su ídolo, su ángel custodio pocas veces y su demonio tentador las mas: la vanidad! Empero el amor, que es la vida de las mugeres, el sopro creador que vivifica la belleza, y la reproduce y trasmite de generacion en generacion, no puede ser lisonjeado ni seducido por el coquetismo; para ello seria necesario que antes se despertara tan bello sentimiento en los senos del corazon: instrumento de que se hallan desprovistas las coquetas. Es pues, á una vanidad exaltada y frenética á la que incensan y sacrifican toda su juventud, y acaso tambien toda su vida: contrarian los sentimientos mas puros y naturales de su alma, subordinándolos á un sentimiento bastardo, engendro de un egoismo refinado: desdennan esos goces ideales y voluptuosos, puros y aereos, por decirlo así, de una llama correspondida; esos suspiros mútuos que apagan en los lábios la timidez de los amantes ó la presencia de los extraños; esas mútuas miradas furtivas, cuyo efecto se siente inmediatamente en el corazon, que parece nadar en una atmósfera de luz y desmayarse en un mar de inefables delicias; ¿y por qué? por la vana satisfaccion de ostentar una serie de amantes mas ó menos apasionados, desde el número primero hasta el cuarenta ó mas; pues se gradua el *savoir faire* de una niña por el mayor ó menor nú-

mero de galanes á quienes, segun la inocente espresion de las coquetas, trae al retortero ó hace *rabiar*.

Veamos ahora los resultados que al fin puede acarrear esta conducta. Los amantes se desengañan tarde ó temprano: y la belleza no es la que mas largamente resiste á la ley general de todas las cosas terrenas. Una de las armas del coquetismo es el amor propio de los hombres; la retirada de éstos hiero el amor propio de las coquetas: el amor es su segunda arma, y cuando llegan á enamorarse devoras (que suele suceder) el amor se torna en la espada que hiero la mano que la empuña.

Así, pues, los mismos sentimientos con que tortura á sus adoradores, suelen constituir las mas veces el suplicio tremendo de la coqueta. La edad aja sus facciones, y el desprecio de los amantes, su vanidad: entonces es el abatirse miserablemente hasta el polvo, el usar en valde de todos sus artificios y monerías para seducir á un hombre, que conoedor acaso del terreno, permanece impassible y frio espectador de los atractivos de la sirena, lastimando así su amor propio y escitando su cólera: ó ya viene á apasionarse locamente de quien menos la merece, de un tonto, de un avaro, de un *cualquiera*, que castiga, ciego instrumento de la Providencia, los anteriores extravios de la coqueta, la humilla, la marchita, si la desprecia; ó la destruye enteramente, la anada en su porvenir, si la conduce á las aras. Esto último no es muy frecuente: se ha observado que pocas, muy pocas coquetas se casan, y que muchas, muchísimas llegan, arrastrando con pena y envidia un estéril celibato, á una edad en que las que son ricas pagan un *cavallero sercense*, y las que no lo son, buscan consuelos en los devotos ejercicios, en las continuas ceremonias religiosas; pero su religion es tanto menos pura, cuanto que nace de un impuro despecho, y me parece tanto menos acepta á los ojos de Dios, cuanto que le entregan un corazon lleno aun de vanidad, que ama á la Providencia porque ya no tiene otra cosa que amar, y que acaso ni aun en este último y forzoso amor abandona su habitual coquetismo.

Los placeres de la coqueta se cifran en una sola palabra: vanidad; sus pesares en muchas: desamor, desprecio, esterilidad, tedio, aislamiento. Yo no he averiguado aun si las coquetas se forman por sí mismas, como afirman los hombres, ó si las forman estos como aseveran las mugeres. Sea de ello lo que fue-

se, en nada atañe á mi propósito, ni la causa puede jamas lejitimar el resultado.

En cambio pará las mientes en el porvenir de una jóven juiciosa y modesta, que tendrá vanidad como todas, pero que la reprime con cordura y entrega su corazon todo entero á un amor puro: ved en sus ojos las seductoras señales de una ternura sin limites, de una bienaventuranza que preludia la eterna; ved-

la mas adelante apoyarse, ya en el brazo de un esposo, ya en el hombro de sus hijos; gozando de aquella felicidad que es asquillo en la tierra; y vedla en fin, descendiendo al sepulcro llorada por una familia que la amaba, y rodeada de todos aquellos consuelos, que en tan amargo trance dan á los justos una vida sin mancha, una fé sincera, desinteresada y voluntaria, y una religion purisima y consoladora.

ORNITOLOGIA.

EL MILANO.



SEGUN Cuvier esta ave el Milano, pertenece al primer orden de la segunda clase de las vertebradas y á la segunda gran seccion de las aves de rapina, en la cual comprende á los halcones que subdivide en aves de rapina nobles y aves de rapina innobles: el Milano se coloca por su timidez en esta última clase pues no es útil para la coterria. Esta ave parece ser un término medio entre el gabilan y el pernoctero, así por el color de su plumage como por su tamaño. El Milano tiene cerca de dos pies y dos pulgadas de largo, desde la punta del pico hasta la estremidad de la cola, pesa cerca de dos libras y media, su cabeza es pequeña en proporcion al resto de su cuerpo, su pico tiene cerca de pulgada y media de largo, retorcido hácia abajo y cubierto en su base con una pielecita desnuda y de un color amarillo oscuro; el de todo el pico es como de cuerno, excepto la punta que es negruzca: sus ojos son redondos colocados lateralmente y rodeados con un círculo casi negro del color de la pupila, la cual resalta en el centro de un contorno amarillo como el iris: su vista es tan perspicaz como rápido es su vuelo, dice Buffon. Su cuello asíjco-

mo su cabeza es poco proporcionado con las demas partes del cuerpo, es cierto y está: guarnecido con plumas largas, pero escasas: sus alas cuando las tiene cerradas, se cruzan sus estremidades sobre la cola á distancia de una pulgada poco mas ó menos, y cuando las estiende para volar tienen mas de cuatro pies y medio de punta á punta: cada una se compone de seis pulgadas grandes desiguales, y la cola de doce tambien desiguales y dispuestas de manera que resulta la estremidad ahorquillada; las patas de un tamaño regular y cubiertas de una especie de escamas amarillas color de oro, tienen cuatro dedos, tres anteriores y uno posterior largos y armados con presas retorcidas y no muy largas. El vuelo del Milano es rápido y sostenido y pasa la vida en el aire. "Casi nunca descansa, dice Buffon, y recorre diariamente espacios inmensos, y este gran movimiento no es un ejercicio de caza, de persecucion, ni siquiera de descubierta, puesto que el no caza jamas; sino que parece mas bien una necesidad y como que el vuelo sea su estado natural y su situacion favorita. El modo con que lo ejecuta es á la verdad digno de admiracion: sus alas largas y estrechas permanecen como inmóviles, y la co-



El Milano

la parece que dirige todas sus evoluciones, menéandose de continuo; se remonta sin esfuerzo ninguno, ó baja como si resbalase sobre un plano inclinado; nada al parecer mas bien que vuela; precipita su carrera, la enfrena, se detiene y permanece como suspendido ó clavado en un mismo punto, menéandose horas enteras sin que pueda uno percibir el menor movimiento en sus alas."

El Milano es originario de Europa, pero sus especies se han esparcido por todas las regiones del globo. "Donde quiera, dice el autor citado, son mucho mas comunes é incomodos que los buitres, frecuentando mas y de mas cerca los parages habitados. Anidan en sitios mas accesibles; raras veces hacen su morada en el desierto, y prefieren siempre las llanuras y colinas fértiles á las montañas estériles y escarpadas. Como cualquiera presa les sabe bien, y cualquier alimento les conviene, y siendo así que á medida que la tierra produce mas vegetales, está al mismo tiempo mas poblada de insectos, de reptiles, de aves y de

animalejos de toda suerte: por esta razon establecen de ordinario su domicilio á la falda de las montañas y en los terrenos mas pingües y abundantes en caza, volateria y pesca."

El Milano se para sobre una rama, y conserva siempre una imperturbable serenidad, sus miradas denotan una feroz estupidez, una indiferencia y una calma que hacen dudar de su instinto. La hembra del Milano no diferencia del macho, pone dos ó tres huevos, y al cabo de tres semanas, poco mas ó ménos, nacen los polluelos, los que permanecen mucho tiempo en el nido antes de lanzarse á los aires; así es que los milanos no tienen mas que una eria cada año. Mr. de Saint-Amour, dice, que estas aves una vez unidas hembra y macho, jamas se separan, y que enviecen juntas durante siglos, sin contraer otra alianza matrimonial sino á la muerte de alguna de ellas."

[Singular ejemplo de fidelidad conyugal.....

P. T.

PASARA TIEMPO.



N una de las antiguas y ricas ciudades de España, plantel de hombres ilustres; recinto de Minerva, donde en cien templos se la tributa holocausto; testimonio palpable de sublimes hechos, mansion de reyes en otro tiempo, y en donde aun se conserva fija en la pared de una de sus plazas la escarpija en que fué espuesta la noble cabeza del mayor de los validos, D. Alvaro de Luna. En esta ciudad decorada profusamente con monumentos suntuosos, con calles espaciosas, con amplias esquivas, que llevan en su curso las aguas cristalinas del Pisuerga, cuyos muros baña para aseo de sus moradores; en donde multiplicados y cómodos puentes dan paso de una en otra, á infinidad de naturales y extranjeros, y en donde tambien yo residia no ha muchos años. En esta ciudad, sin embargo, se deja sentir un terrible mal de que no pocos inocentes han sido victi-

mas; y es que á pesar de lo espuesto, hay muchas calles que no participan del beneficio de las tales esquivas, y las casas situadas en estas, adolecen además de no tener comuneros ó sumideros que absorban las aguas inmundas; y de aquí aquella espantosa voz que en la llamada noche se deja oír de *Agua ra*, que hace estremecer al pobre transeunte, aunque sea mas esforzado y pujante que todos los doce pares de Francia en masa.

Yo tambien, si no victima, por mi fortuna, he sido testigo ocular de la mas desastrosa aventura. Es, pues, el hecho; que en una de estas casas fatídicas necesitaban doméstico: se presentó uno en solicitud de la plaza, al cual por sus maneras sencillas le fué otorgada incontinenti. Estehombre era novato en la tierra y en el arte de servir, por hacer muy pocos dias que habia descendido de las riscosas cumbres de Covadonga, á los estendidos llanos de Castilla, por consiguiente, rebosaba en aquella naturalidad tan natural que encierra en sí

l pelo de la dehesa. Este hombre, pues, tomado que hubo posesion de su destino, preguntó á los amos ¿cuales eran sus obligaciones? los cuales prolijamente le fueron enterando de todas, pero con especialidad de la de que, á la diez de cada noche, habia de verter por la ventana á la calle, el gran vaso de agua inmundicia que posaba en la pieza mas elevada de la casa; pero siempre teniendo mucho cuidado de decir, en alta voz, antes de verficarlo, *„Agua va!* De todo lo que quedó muy enterado. Pasó el día desempeñando á las mil maravillas sus obligaciones; pero llegó la hora fatal. ¡Ojalá nunca llegara! Y aquí fué ella. Subió diligente á la habitacion preceptuada, y estupefacto quedó el mozo á vista del vaso monstruo que le esperaba; pero mas se sorprendió al observar que lo que contenia el piélagno no era solo agua. Se detuvo reflexionando que aquello no era lo tratado, pero conformándose con su suerte, dejó la luz en el suelo, y cogiendo á su merced por ambas asas, y apretando los dientes y abriendo las narices, colocó á pulso sobre el pretil de la ventana á tamaño animal: tomó aliento, pero al decir la fatal palabra de *agua va*, vinose á las mientes del concienzudo asturiano la mentira tan garrafal que iba á pronunciar, pues lo que el vaso encerraba, todo era ménos agua: quiso decir la verdad; pero tropezó con el inconveniente de que aquella palabra era en exceso sucia y pudiera escandalizar á la vecindad, mas todo esto fué obra de un momento, pues los raciocinios y episodios delante de un reverendo de esta catadura se hacen insufribles. Lo cierto ciertísimo es, que no sé si por vacilar entre la verdad y la inmundicia, ó por el gran peso que sintió del cirio, al volverlo á tomar á pulso, ó no sé porqué, pronunció en lugar de lo que se le habia ordenado *„Alabado sea el Santísimo Sacramento,* y volteó la fatal boca hácia la calle: un devoto que á la sazón pasaba, tan perpendicular sin duda como lo estaba Sancho de D. Quijote, cuando de cuclillas á su estribo desocupaba el miedo que le causara oír el ruido de los batanes, al oír tan sagrado nombre, se quitó el sombrero, contestando con gravedad, *„Por siempre sea alabado,* pero antes de concluir la ultima palabra de su frase, cayó tan infernal bautismo sobre su blanca y respetable calva, pues la vi rebeverar desde la acera opuesta, por donde á dicha pasaba, que derribado hácia atrás, dió con las posaderas en el empedernido suelo, cual si el Niágara con todo el pedrisco que en pos de sí arrastra, se hubiese desplomado sobre tan cuitado varon. A

tan lastimoso espectáculo, súbito corrió en su auxilio á ofrecerle una mano protectora, arrojó el pestífero hedor que despedia la escena, pero á tres varas de distancia y á los argüidos rayos de la luna, conozeo ya que aquel infeliz es insupugnable, y que no digo mi mano ¡ni las tenazas de Nicodemo eran suficientes á poderlo agarrar sin embazarse y escurrirse en la sustancia que lo cubria! En tal conflicto, animalo mi voz; y el Sanctus vir, encomendándose á toda la corte celestial, hace esfuerzos para ponerse en punta, pero imposible; se escurreia como una anguila entre tal materia; vuélvose á animar, y al fin con esfuerzos y oraciones lo pudo conseguir. Hombre de Dios, le dije, no oyó V. la voz de aviso que le anunciaba la tempestad? ¿Cómo no se separó?—Calle V., señor, me contestó escupiendo siete ú ocho veces, pues las corrientes que descendian del cráneo, surcaban su rostro, desaguardo en el labio inferior que sobresalía de su barba, en forma de cornisa, mas de media pulgada. Si es el diablo, el diablo solo.... y continuaba escupiendo, diciendo entre dientes, fúgite, fúgite.... es quien ha podido reirse de mí de tal modo; si lo que yo entendi y oí clara y terminantemente fué el sagrado nombre de Dios, á quien quise acatar, como todo buen cristiano debe hacer, y en venganza de mi reverencia, echó el diablo sobre mí esta nube pestifera, mas temible que las que atronaban y descargaban sobre el monte Sinaí.—Vamos, vamos, le repliqué, esto ya no tiene remedio, conformacion: recoja V, su sombrero y baston, y procure mudarse cuanto antes de vestido: que la noche está fria, y puede atarle una pulmonia; y en esto llegó el sereno, quien encorado de todo, trató de recoger el sombrero y el báculo, pero ¡imposible! pues el primero como le cogió boca arriba, sin duda cuando el fatal vaso la tenia boca abajo, estaba colmado que era una benediction: el baston mas bien parecia una cucuña emburdnada que otra cosa, necesitándose mas valor para meterle mano, que para agarrar las varas de Moisés. Vista la dificultad que ofrecia el apoderarnos de aquellos enseres, los dejamos en el campo, como trofeos de derrota, y sacudiéndose el paciente á manera de perro de aguas, emprendimos la marcha en direccion de su casa, por supuesto, conservando por mi parte la consabida distancia: llegamos á ella, y allí fué la segunda escena que no quise ver, al recibirlo su cara espasa mas almirador y perfumado que nunca. Me despedi de él y del sereno, y me encaminé á mi posada, con ore-

jan mas largas que las de Midas, temeroso no me sucediera lo que acababa de presenciar. Al dia siguiente, el asturiano en cuestion, fué quien me enteró de todo lo que llevo narrado,

y aseguro á vds. que el pasar ó llegar á tiempo, tiene tanto de duro como de maduro.

Mtmo.

GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.

D. LUIS DE VELASCO EL SEGUNDO,

CONDE DE SANTIAGO, Y PRIMER MARQUÉS DE SALINAS.

Undécimo virey de la Nueva-España. Segunda época. Desde 1607, hasta 1611.



1607

RA el lunes 14 de junio, pasaba de Espíritu Santo, y poco ántes del rezo de las Ave-Marías, (asi se espresa Torquemada, y con poca diferencia Bentancourt,) de todos los pueblos de los contornos del Valle de México se vió aparecer un cometa, que naciendo de por encima de Tultitlán, con una gran cola, que casi tocaba á la tierra, pasó no con mucha velocidad hasta Atzacapozalco, donde deteniéndose un breve rato, desapareció: otros vieron dos cometas sobre la casa de Velasco, y Torquemada desde el portal de Tlaltelolco, en el cual se hallaba sentado, asegura haber visto ya puesto el sol, y ántes de que entrara la noche, salió como de las casas de palacio una estrella muy clara que recorriendo toda la ciudad, fué á desaparecer al mismo Atzacapozalco. A primera vista aterrizó la aparicion del cometa, pero pasado un breve rato, y notadas sus circunstancias, se recibió como un nuncio que participaba el nombramiento de virey, hecho en la corte de Felipe III, en D. Luis de Velasco.

Un religioso franciscano del convento de Santa Cruz, (Tlaltelolco) no consideró al cometa lo mismo que los demas, sino que lo juzgó precursor de las desgracias que aguardaban á Tultitlán. A pocos dias, pues, se inundó el pueblo, arruinándose muchas casas, lo que dejó á infinidad de familias sin hogares, y las cua-

les se refugiaron en las de Velasco, que por ser de comunidad pudieron alojar á bastantes, acomodándose en los patios y en los corredores arriba y abajo. Agréguese á esto que la poblacion habia experimentado una cruel peste, cuya gravedad aumentó la inundacion, pereciendo multitud de personas.

Hastiado con los negocios políticos, fatigado por su avanzada edad, Velasco que despues que salió del vireynato en México, habia estado en el Perú siete años, pidió al soberano que le relevase y le permitiera ir á concluir sus dias á México, donde tenia sus rentas y su familia; se vino en efecto, y pasaba unos dias en Tultitlán, otros en Atzacapozalco, que eran encomiendas suyas, estando en este último á la sazón que se presentó el cometa, despues de lo cual á los dos dias el 16 de junio recibió la cédula por la que le era mandado que sucediera al marqués de Montes Claros, siendo de edad de mas de setenta años y de cerca de cuarenta de vecindad. Púsose inmediatamente en camino para Xochimilco en donde habló con su antecesor y de allí pasó á Tlaltelolco, en donde permaneció ocho dias, al cabo de los cuales, el 20 de junio, hizo su entrada en la corte vireinal.

Salido de México, como se ha dicho, el marqués de Montes Claros fué acusado ante la audiencia, y solo sus amigos pudieron contenerle para que no se volviese, siendo ellos parte á hacerle reprimir su cólera; sin embargo, él y la audiencia dieron cuenta al soberano, quie-

previno á Velasco que pusiera presos á los caudatarios del marqués, y además ordenó que en lo sucesivo no se dieran los cargos precisamente á los descendientes de los conquistadores, sino que se atendiera solo á la idoneidad de las personas.

Las lluvias excesivas produjeron como era de esperarse, que saliendo las lagunas de madre, inundaran á México, sin que fueran parte á impedirlo los reparos hechos por el marqués de Montes Claros. Hizose entónces ver á Velasco la necesidad evidente que habia del desagüe, único remedio eficaz para salvar la ciudad de riesgo tan inminente que á cada paso la amenazaba. Proyétabase con el desagüe, que derramaran las aguas de México en las lagunas de Izumpango y de Citlaltepec, que forman el rio de Acolhuacán, el cual en sus grandes avenidas, saliendo de madre, inunda á la capital, por desembocar en la laguna de México, á la que se le pensaba dar otra corriente para las espresadas de Zumpango y Citlaltepec. Consideróse muy á propósito á Huehuetoca para la construccion del canal, y al efecto, el virey acompañado del visitador Landeros y de la ciudad, pasaron á ella. Casi todo el año transcurrió, no haciéndose otra cosa mas que consultas, y no atreviéndose Velasco á definir nada, mientras no le fuese pedido por la ciudad y el fiscal de la audiencia, los cuales al fin lo hicieron, en veintiocho de diciembre, accediendo D. Luis á lo que solicitaban. Los tribunales, la ciudad, el mismo virey, todas las autoridades fueron en ese mismo dia á la ciudad de Huehuetoca, y para implorar y alcanzar la proteccion divina, se celebró una misa: en seguida tomó Velasco la azada en la mano, y dió principio á la obra. He aquí el origen y los primeros trabajos del nombrado acueducto de Huehuetoca.

Quedaron desde este año beneficiados los officios de la casa de moneda; rematándose el de tesorero en ciento cincuenta mil pesos, y el de ensayador y el de marcador, cada uno en ciento sesenta mil.

1608.—Para promover la obra del desagüe, mejor dicho, para continuar la ya comenzada, era necesario un gasto crecido, y no alcanzarían quizá á cubrirlo las rentas municipales, ni aun las reales: tratábase por otra parte de una empresa en gran manera benéfica á la poblacion, y para ello se dispuso gravar todas las mercancias y fincas, para cuyo efecto fué preciso variarlas, y resultaron apreciadas en dos millones doscientos sesenta y siete mil, quinientos cincuenta y cinco pesos, que al uno

por ciento, se sacaron trescientos cuatro mil trece pesos, habiendo dado sin excepcion todas las personas y corporaciones, ménos los franciscanos. El padre Juan Sanchez, de la compañía de Jesus, presentó el plan, que aprobado, se siguió en la obra: él mismo se encargó de dirigirla, asociándosele Martin Enriquez. A poco tiempo se desavinieron y se separó el padre Sanchez. Despues se mandaron abrir dos canales, el uno desde el puente de Huehuetoca, y el otro subterráneo por debajo del mismo puente. Acabó la obra de los canales el siete de mayo, y el virey con el arzobispo vieron con placer correr las aguas por el canal subterráneo, hasta las faldas del Nachistongo. En la obra se consumieron setenta y tres mil seiscientos onco pesos, empleándose cuatrocientos setenta y un mil, ciento cincuenta y cuatro operarios, y para condimentarlos sus alimentos, y prepararlos toda clase de servicios domésticos, mil seiscientos setenta y cuatro personas. El ayuntamiento, juzgándose sin los recursos necesarios, imploró del virey que se impusiera á cada pipa de vino que entrase á la ciudad, cincuenta pesos. En todo esto se deja entender, como pasaba en efecto, que ni los comerciantes perdian subiendo los precios, pues comenzaron á espendir á dos y medio el cuartillo, que antes daban á dos reales, y que con todo se quejaban de tal medida.

1609.—En veintiseis de mayo se espidió una real cédula por la cual se prohibia la esclavitud de los indios llamados tlaguehuales, cuya servidumbre era á semejanza de la de los conductivos de los romanos. La suma escasez de aguas en el año pasado cooperó mucho para los adelantamientos de la obra que se continuaba con empeño: derrepente, sin embargo, fueron tales las lluvias, que hubiera inundádose la ciudad si el mismo impetu y furia de la agua no la hubiera hecho romper la calzada y abrirse paso por otra parte.

Corrióse la voz muy valida al comenzar el año de que los negros el dia de los Reyes habian nombrado el suyo y rebeládose. La noticia no parece que fué lan vaga, pues en efecto los esclavos que servian en las haciendas de la villa de Cordova y lugares vecinos, ostigados por sus señores que les daban un trato cruel é inhumano, se rebelaron contra ellos y se colocaron en actitud hostil por parages montuosos. Velasco hizo salir á atacarles de México una fuerza regular que marchó el veinte y uno de enero, constando de cien soldados, cien aventureros, ciento cincuenta indios flecheros y otros doscientos españoles, meztizos y castas. Duvieron

lugar algunas pequeñas escaramuzas pidiendo por último el indulto los negros, pues que no habían ofendido, dicen, al rey; y en efecto, se les concedió dejándoles poblar la villa de San Lorenzo. En tanto que esto pasaba, Velasco en México para calmar la agitación, aparentando ser falsa la insurrección, hizo azotar á los indios que se hallaban en los círculos sentenciados á esta pena por otros delitos.

Landeros recibió orden del rey para entregar los libros de la visita al presidente de Guadaluajara, D. Juan Vilella, y de marchar para un puerto sin salir de él mientras no se le mandase. Esto parecía dimanado de falsas delaciones hechas al monarca, pues la conducta de Landeros fué tan pura, que regresó á su patria sin dinero.

Viose en fin Velasco en este año premiado por sus distinguidos servicios con el título de Marqués de Salinas, que fué ocasion de grandes fiestas públicas en México.

El hospital de S. Lázaro, que algunos años atrás lo había fundado el médico Pedro Lopez, en este de 609, con un hijo suyo elérgico, lo edificó, le dotó de salas y dejó el patronato á la corona. Este local lo tenían antes los religiosos de S. Juan de Dios, quienes pidieron el hospital real, que concedido por cédula de 16 de agosto del año anterior no lograron que se les entregase por los administradores de sus rentas, que se opusieron.

1610.—Cada día se hacía mas precaria la situación de los indios, y á fin de aliviarlos, el marqués reglamentó los repartimientos señalando el jornal que debían darles los que los ocupasen. Los trabajos en que debían ser empleados, el tiempo que habían de trabajar dia-

riamente, quitándoles los trabajos duros ó de tiempo muy largo, entre otros los de obrages. La resistencia que encontró el virey fué tenaz; pero la destruyó con energía, disponiendo tambien para que no se les molestara á los indios y se les gravara, que en los parages en donde trabajaran hubiera un número regular de carnicerías para que pudieran abastecerse. En el interior de la Nueva España, la escasez de viveres produjo funestas consecuencias: la hambre y la peste.

1611.—Para espeditar el comercio de Filipinas envió Velasco una embajada al Japon, en la que parece fueron los mártires, en cuyo número se cuenta el Beato Telipe de Jesus, que perecieron entónces. El diez y ocho de enero concedió Felipe III para propios las tiendas de tablas de la plaza al ayuntamiento que había hecho de ellas Baratillo.

Para mas recompensar al marqués de Salinas, el rey le nombró presidente del consejo de Indias, conservando la autoridad de virey hasta el momento de embarcarse que á ninguno había sido concedido. Partió Velasco, y en tanto que caminaba, el 10 de junio un eclipse de sol en México, que comenzó al medio día, hizo desaparecer completamente la luz desde las tres hasta las seis de la tarde, en términos de haberse visto con claridad las estrellas mas bien por el oriente que por el ocaso. La gente del bajo pueblo amedrentada se confesaba á voces, pedia misericordia ó se refugiaba á los templos, en algunos de los cuales se espuso el Sacramento. Llegado el virey al puerto acompañado de un alcalde de corte y el escribano de gobierno, se despidió de ellos y se embarcó.—CARLOS M. SAAVEDRA.

FANATISMO.



UCHO tiempo permaneció estacionario y dueño del mundo este mal de todas las edades, que no es mas que el exceso de una revolucion mal entendida, que despoja á la religion de su vida, por decirlo asi, porque le quita su esencia intelectual y la reduce á un asunto de palabras y

meramente material, disminuyéndose lentamente solo á medida que avanza la civilizacion, y que las naciones obedeciendo á un precepto suyo, procurasen la instruccion de las masas. Pero se han padecido en los pueblos transiciones demasiado repentinas y violentas, que lo han aumentado por algun tiempo, como sucede en todos los trastornos, y que llegará á acabar en lo posible con él, porque sacudiendo á

las naciones, las sacó de un letargo en que yacian, y les imprimió un movimiento, que aunque saltuario é irregular, llegará á arreglarse un dia, produciendo entónces los buenos efectos que solo parece haber indicado.

El sacudimiento fué terrible, é incomprendible la gradacion de sus movimientos, que solo el dedo de Dios podia dirigir. Sentado el fanatismo en su trono de plomo, parecia enseñorearse del mundo; pero se hacian causas, los tiempos volaban y llegó el siglo XVIII, sonó la hora y se operó un cambio: la impiedad y la incredulidad fueron una moda en la vieja Europa, que había casi agotado todas las novedades religiosas, y que buscaba aun una que admitir como el gusto del dia. Las manifestaciones de la impiedad fueron una patente de filosofía, y los discípulos de Voltaire y los imitadores de Diderot y de tantos otros, fueron tenidos como grandes ingenios, como inteligencias superiores que no se doblegaban á la fuerza de lo que ellos llamaban sofismas, y para quienes el peso de una creencia de tantos siglos, y la tradicion que pasó de boca en boca por millones de hombres, era impotente, y no podia convencer su animo elevado, y su profunda comprension, y á pesar de esto, ellos creian á esta misma tradicion, y se sentían atrastrados por esos mismos sofismas en otras materias. Inconsecuentes en sus principios, y novelosos, sus razonamientos tenían á veces elevacion, y aun brillaban en ellos el fuego de la imaginacion. Bien sabido es que al que se aparta de las opiniones vulgares, se le cree grande, sabio tambien, y sobre todo, dotado de una inteligencia superior, con tal que sostenga sus dichos con elocuencia. Esto aconteció con aquellos filósofos, y como las creencias de que afectaban no participar, eran comunes á casi todos los hombres venerables por su antigüedad, se les creyó vastisimos, casi dioses, porque no solo no creian, sino que ridiculizaban sus creencias religiosas, inventándose el nombre d'esprit-fort, que se usó de buena fé para designar á estos colosos del entendimiento, á estos héroes de la critica, para quienes las opiniones bajo las cuales habían encanecido tantas cabezas respetables, carecian de poder y de prestigio, sujetándolas á su exámen. Despues se ha usado irónicamente este término para denominar á esos mismos impíos, porque las generaciones que les sucedieron no podian alimentarse de quimeras, que aunque vestidas con formas hechiceras, eran tan ideales tan vaporosas y tan mentidas como la buena fé con que escribian sus autores: es casi cierto que ellos no sentian lo que escribian, ni puede haber un hombre que se convenza de esos monstruos de religion. A pesar de esto, el pueblo que está siempre por lo nuevo, y que desmoralizado acaso por los acontecimientos de la época, no tenía firmeza ensus principios, que por su educacion y costumbres tiene tendencias á no creer mas bien, que á creer, y que carece de juicio recto para conocer la verdad, acogió estas ideas y las alimentó, dando por resultado la desmoralizacion que reinaba al tiempo de la revolucion francesa. Podrán tal vez creerse exageradas estas opiniones sobre el pueblo, pero solo con atender á los acontecimientos mas insignificantes de las naciones, se convencerá alguno de la verdad de ellas. Despues de esto, algunos ingenios realmente grandes, preconizaron la religion cristiana, la calma y la meditacion sucedieron con el transcurso del tiempo al calor y á la ligereza, y la verdad radiante volvió á ocupar el lugar que le había usurpado el error. La religion cristiana fué aceptada de nuevo, fué admitida con entusiasmo; mas este entusiasmo se convirtió á su vez en moda, y se dividió la sociedad en dos clases. El pueblo sigue siempre á sus ideas, las opiniones de la clase á la cual cree sabia, á los filósofos, á los poetas y á los escritores, todos en fin, y estos eran cristianos fervorosos, porque la antigua moda y el calor de la impiedad habían provocado disputas en las cuales brillaba la verdad con tal fuerza, que no se podía ocultar. Ansiosos los antiguos de sensaciones nuevas, y acostumbrados al racionio matemático, buscaban demostraciones materiales en el cristianismo que no pudo darles, y cuya mejor prueba son esas verdades indemostrables que penetran y convencen á todas las inteligencias, desde la superior hasta la infima, y juzgando austera á la religion, creyeron que no podia acomodarse al nuevo gusto, al gusto refinado de la época de las invenciones y descubrimientos, á las hipótesis ideales y á los gozes humanos, y en consecuencia buscaban otras creencias, con las cuales consiguieron su objeto, porque juzgaban al cristianismo como una flor marchita que no puede dar aroma como un tallo seco que carece de hermosura y de vida; mas sonaron las harpas dulcisimas de los poetas cristianos y las bellisimas concepciones de talentos sublimes, hicieron envolver la poesia de la religion cristiana, la elevacion de sus sentimientos, y probaron que en ninguna fuente pueden beberse tantas inspiraciones como en el cristianismo, ni ideas tan puras tan sen-

cillas y fan llenas de ternura y de fuego, y de cuanto puede contribuir á formar una verdadera obra de gusto; porque en mi concepto, el refinamiento del gusto y el aumento de la cultura es la mayor aproximación á la sencillez. Entónces la generacion fué cristiana, y el cristianismo fué de moda. Antiguamente el pueblo y los sabios creían sin excepcion y pecaban por fanatismo: despues unos y otros pecaron por impiedad, y mas tarde el pueblo tornó á sus creencias erroneas por su falta de critica, y su exageracion y los sabios aceptaron la religion en toda su verdadera y sencilla magestad. El entusiasmo mal dirigido produjo errores tambien, y en nuestro tiempo no es raro ver malas interpretaciones de las verdades cristianas, porque los autores de ellas no se toman el trabajo de comprenderlas, ni quieren sujetarse á la pureza del cristianismo, al cual quieren hallar con concepciones de muy distinto género.

Esta costumbre producirá á su vez males inmensos y males acaso incurables. El pueblo por su parte continuó en sus exageraciones que llamamos fanatismo, y al cual acusamos de infinitos males. Se oyen de vez en cuando aun entre nosotros, jóvenes sectarios de los pretendidos filósofos de que he hablado; y como esta palabra, fanatismo, se ha quedado sin sentido verdadero, y la idea que produce no tiene limites ciertos, quieren que el pueblo no tenga creencias; otros, que no tenga culto; y solo unos cuantos desean que no tenga ese culto de idolatría que presta á algunas imágenes, ni otras ideas semejantes á esta. Abandonaré tan diversas opiniones para ocuparme solo de la influencia del fanatismo, lo que se quiere en la felicidad social.

La religion tiene una influencia innegable en las costumbres; pero los hombres jamas serán completamente virtuosos; no habrá pueblos cuyos ciudadanos todos sean Sócrates, así como jamas tampoco los hombres todos obedecerán á las leyes; supuestos estos dos principios no formaré teorías bellísimas é irrealizables. Nadie puede dudar que mientras mas se acerquen las creencias populares á la verdad católica, mas puras serán tambien sus costumbres, y mayor el bienestar social. El pueblo puede adelantar mucho aun, y la civilizacion lo hará aproximarse mas y mas á ese punto, siempre que la civilizacion se comprenda bien y se dirija rectamente; pero entónces será necesario un cuidado sumo de parte de los gobernantes para evitar el extremo opuesto y la resurreccion de la moda del siglo XVIII. La

civilizacion destruirá esas bárbaras diversiones de nuestro pueblo que lo enseñan á ser cruel sin darle valor, como las corridas de toros, y lo hará conocer que las imágenes son impotentes por sí mismas, y el pueblo se desengañará de que despues de cometido un crimen, no es la impunidad lo que se debe pedir al cielo, sino el castigo debido; que no son luces ni medallas las que se deben ofrecer á la Divinidad en expiacion, sino arrepentimiento, y arrepentimiento sincero. Conocerá mil otras cosas que le harán mas recto y menos criminal, conocerá, en fin, mas bien sus derechos, y sabrá apreciarlos mejor.

Dos son los males graves que el fanatismo trae: el uno, la influencia absoluta que concede á una sola clase de la sociedad; y el otro, la creencia funestísima de la impunidad criminal en la devocion. El uno y el otro de estos errores, son obstáculos terribles para la felicidad, el uno y el otro impiden formar el corazón del pueblo, y el uno y el otro tambien impiden que este pueblo tenga virtudes sociales, sin las cuales no puede haber sociedad ni felicidad ni aun existencia, puesto que pone en el borde de un abismo al que lo impelerán las naciones mas poderosas para enseñorearse despues de él. Este fanatismo no consiente, ni se puede aliar con las virtudes cristianas, y solo produce adoradores hipócritas y malvados, hipócritas, que son irreducibles y que no formarán jamas una nacion poderosa. ¿Cuál sea el medio de quitar este fanatismo? Yo no encuentro otro sino es la instruccion popular y la destruccion de las causas que lo producen las cuales, á mas de la ignorancia, son las costumbres de que he hablado y la influencia que he indicado; pero cuales sean los medios para cortar estas causas, no me atreveré á decirlos; repetiré solamente que la instruccion popular. Esta solo sabrá definir lo que es fanatismo, esta fijará limites á tal idea, y ella solo destruirá sus causas. No creo que jamas se quite completamente, porque no me alimento de teorías, ni creo que los hombres en sociedad lleguen jamas á la perfeccion social ni á la perfeccion moral; he dicho tambien que mis creencias son católicas porque no faltara acaso quien dudase de ellas.—Circunscribiéndonos á nuestro país, debemos notar que en él por desgracia se han reunido cosas muy desemejantes entre sí, que han producido una fermentacion lenta y que producirá aun males incalculables: así es que se hallan reunidos los extremos de la piedad y del fanatismo, de la civilizacion y de la ignorancia. Nuestro pueblo, saliendo de una

dominacion bárbara é ignorante, y precipitándose en un mundo lleno de luces, debió deslumbrarse y mezclar cosas que no pueden estar reunidas nunca sin ocasionar males gravísimos; saliendo de la esclavitud y precipitándose en el apogeo de la libertad, debió cometer mil errores que ya ha pagado, y que lo han sujetado á un número de hombres que quieren constantemente dominarlo. Sin embargo, esta es la marcha natural de las cosas, y no debo yo hablar de ella. Esta marcha continuará y las cosas tocarán á su fin.—Mi objeto ha sido el fanatismo, he hablado de él rápidamente y debo concluir manifestando á los detractores de su país, que no en el nuevo mundo, sino en las viejas é ilustradas monarquías es en donde se ve el fanatismo; allí el pueblo es fanático verdaderamente, y mis opiniones no son solo sobre nuestra patria, sino respecto del orbe entero. Nuestro pueblo avanza, y un gobierno paternal y desinteresado guiará su instruccion y hará felices á las generaciones futuras; porque es un error creer que esos males se pueden arrancar en un momento, cuando su destruccion es obra del tiempo y de la justicia; mas como no ha llegado aun ese tiempo, ni esa educacion, no viven tampoco aun sus directores. Es cierto que llegará, y esta idea debe consolarnos; en el entretanto nuestra genera-

cion debe procurar la mayor felicidad social posible, y debe preparar los elementos para la futura. Esta es nuestra obligacion, y la Providencia coronará nuestros esfuerzos.

Quiera el cielo que al remediarse en lo posible este mal, no se caiga en el extremo contrario; males muy graves son el resultado del fanatismo, como que impide que lleguen á poseerse por el pueblo la justicia, la recta piedad, la libertad verdadera que tanto se nos ha parodiado y que sujeta á una nacion entera al hombre que quiera dominarla valiéndose de la hipocresía; pero son aun mayores los males de la incredulidad; una nacion de ateos no podria subsistir, como dice Rousseau, y si se llegase á formar, seria necesario huir de ella hasta el extremo opuesto de la tierra; porque los hombres movidos por las pasiones y sin un freno que los contenga, sin creer en nada y sin mas temor que el de la fuerza física, se convertirían bien pronto en una horda de salvajes. Al concluir, debo decir, mi fe política, porque se me acusará tal vez, al leer mi articulo, de fanático, de retrógrado, de antiliberal y de cuanto se quiera; pero protesto solemnemente que amo á mi libertad porque es mi vida, porque me es tan necesaria como el ambiente que respiro, y porque es acaso, en este mundo, mi única felicidad.—J. M. DEL CASTILLO.

LOS ORADORES.



NIEN no admira la magestad, la pompa, la imaginacion y el entusiasmo de Bossuet, así como la vasta estension de su ingenio impetuoso, fecundo y sublime? Quién concibe sin asombro la increíble profundidad de Pascal, su invencible raciocinio, su memoria sobrenatural y sus conocimientos universales y prematuros? El primero eleva el espíritu, el segundo lo confunde y lo turba: el uno brilla como el rayo en una tempestad, y por sus repentinos arranques no puede ser conocido por la alma tímida; el otro obliga, asombra, ilumi-

na, hace sentir despóticamente el ascendiente de la verdad; y como si fuera un ser de diversa naturaleza que la nuestra, su viva inteligencia explica las consideraciones, las afecciones y los pensamientos de los hombres, apareciendo siempre superior á las inciertas concepciones de estos, y su ingenio sencillo y poderoso se asemeja á aquello que uno juzga incomparable, la vehemencia, el entusiasmo y la ingenuidad con lo mas profundo y oculto del arte; pero de un arte que lejos de atar á la naturaleza, no es mas que una naturaleza mas perfecta, y el original de los preceptos. Qué mas diré? Bossuet manifiesta mas fecundi-